

UN AUTOR JESUITA Y LA HISTORIA DE CHILE: EL PADRE MIGUEL DE OLIVARES, S.J.

Por CRISTIÁN GARAY VERA (*)

¿Qué pertinencia tiene hablar del Padre Miguel de Olivares considerado por la historiografía chilena como un «cronista», es decir un mero acumulador de fechas y datos en un congreso de historiografía? (1). La historiografía liberal consideró a los cronistas como cualquier otro escritor indiano, asimilándolos a los poetas, teólogos y escritores de su época, representativos de una época, pero minusvalorando su valor en sí. De hecho, sus relatos, poblados de intervenciones divinas fueron estigmatizados como un relato carente de rigor científico, según los cánones del positivismo liberal. Peor aún, se juzgó esa producción intelectual como acorde a un sentimiento de sumisión a la Iglesia y al Rey, considerado como el epítome de la antirracionalidad.

Francisco Antonio Encina describió algo más amablemente a los cronistas, en parte por su oposición a los positivistas liberales, en un capítulo de su *Historia de Chile* referida a la evolución intelectual de aquellos años. Néstor Meza en sus libros consideró que la tesis liberal era excesiva al eliminar la conciencia política bajo la Monarquía española. De hecho parte de su obra se dedicó a demostrar que sí había conciencia de lo público en la sociedad indiana y que este concepto estaba lleno de alusiones políticas clásicas y

(*) Universidad de Santiago de Chile.

(1) Los cronistas, término abusivo para englobar memorialistas, cronistas y poetas, en Chile se inician con las cartas de Pedro de Valdivia. En el siglo XVIII destacan José Pérez García y Vicente Carvallo y Goyeneche 1740-1816. Entre los siglos XVI y XVII el más importante es Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán. Pero hay que contar a Alonso de Góngora Marmolejo, Pedro Mariño de Lobera, Pedro de Oña (poeta), Alonso de Ovalle, y Cristóbal Suárez de Figueroa. Entre los jesuitas hay que destacar a Miguel de Olivares, Juan Ignacio Molina, Manuel Lacunza (teólogo) y, el cuarto de la lista, el Padre Diego de Rosales, autor de la *Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano*. Sobre la discusión del concepto de cronista, ver Miguel Rojas Mix, *El fin del milenio y el sentido de la historia. Manuel Lacunza y Juan Ignacio Molina*, Extrema América, Santiago de Chile, 2001, pág. 81.

medievales (2). A él, Mario Góngora y Jaime Eyzaguirre se debe que la descripción actual de las ideas políticas en el Reino de Chile sea la de un período con conflictos políticos, con los vecinos divididos en bandos o partidos, con explicaciones de los méritos como una suerte de certificados de acción política de los descendientes de los conquistadores, con tensiones entre los religiosos y los conquistadores, y entre la autoridad secular y la eclesiástica. Que para los historiadores revisionistas estaba influida por el choque entre las teorías ilustradas del poder real que arriban en el siglo XVIII y la teoría tardomedieval española que subyacía en América y cuya difusión ejercieron las ordenes, y muy en particular la Jesuita en América bajo la forma del barroco como estilo de vida.

Posteriormente los etnohistoriadores han encontrado en los cronistas una fuente constante de información, pero estudios más renovadores han aparecido recién hacia los 90, encuadrando el tema en los imaginarios, la historia social y política, y la historia de las ideas. Un ejemplo de estas perspectivas es la de Miguel Rojas-Mix, que ha analizado las escatologías en Manuel Lacunza y Juan Ignacio Molina, ambos jesuitas, en su libro *El fin del milenio y el sentido de la historia* (2001), e indagado en los dos autores de esta época como una fuente del pensamiento crítico en su época. Por cierto la figura del Padre Lacunza ha sido, junto a Juan Ignacio Molina, una de las dos más investigadas. Lacunza como epítome de las heterodoxias y del milenarismo, y Molina, como precursor del pensamiento naturalista (3).

De todas maneras, nos parece falta por hacer una obra que conecte y sintetice ese pensamiento tradicional en una perspectiva de las ideas de los cronistas, teólogos, poetas e historiadores del período indiano. Hay pocas alusiones a este aspecto, destacando el trabajo pionero hecho por el catedrático de la Universidad de Sevilla, Francisco Elías de Tejada y Spínola, en su artículo «El reino de Chile en el Padre Alonso de Ovalle» publicado en revista *Verbo* de Madrid hace varias décadas (4). Como quiera que sea las grandes vinculaciones del pensamiento indiano con el pensamiento medieval y escolástico español ya fueron establecidas por tres historiadores chilenos fundamentales: Jaime Eyzaguirre, Mario Góngora y Néstor Meza Villalobos. Otros estudios importantes ligando la teoría y la obra de autores de este período son los del almirante y senador Jorge Martínez Busch sobre la influencia de Francisco de Vitoria en Chile; y el libro de Horacio Zapater sobre el Padre Luis de

(2) *La conciencia política chilena durante la Monarquía*, Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1958.

(3) Miguel Rojas Mix, *ob. cit.* págs. 70-71.

(4) Revista *Verbo* N.º 126-127, págs. 605-620. El estudio, uno de los muchos dedicados por el catedrático de la Universidad de Sevilla al pensamiento tradicional, fue recogido en el libro de Juan Vallet de Goytisolo y otros, *Estampas de Chile*, Editorial Speiro, Madrid, 1974.

Valdivia SJ, principal (y fracasado) artífice de la conquista pacífica de los araucanos (5).

EL CONTEXTO

Miguel de Olivares, jesuita, nació en Chillán, Chile, en 1674 y murió en Italia, probablemente en Imola, en 1770. Otros dicen que nació y murió en 1713 y 1793 respectivamente. Lo cierto es que ingresó en España a la Compañía de Jesús en 1700 y enviado a Chile y Perú ejerció de misionero. Por sus viajes estudió y leyó mucho, conociendo diversos archivos. En 1736 empezó a escribir su historia de Chile. A los 92 años le sorprendió la expulsión de los jesuitas. Embarcado en Lima fue despojado de sus libros por el Virrey Amat y Junient, incluyendo la segunda parte de la *Historia militar, civil y sagrada de lo acaecido en la conquista y pacificación del Reino de Chile*. En ese buque llegó a Cádiz y de ahí fue conducido a los Estados Pontificios. El rey ordenó que sus manuscritos fueran llevados a Madrid, pero murió antes de enterarse de su recuperación (6).

Hay que situar la producción intelectual de Olivares en el mismo sentido que Molina y Lacunza: como jesuitas que recababan el orgullo de ser criollo americano, con dones si no superiores a los europeos, al menos similares. Olivares con gran orgullo manifiesta que Chile es el territorio americano más similar a España y que de ello se desprenden algunas características positivas en el aspecto intelectual y laboral. «Como el suelo y cielo de Chile es el mas semejante al de España entre todos los países de América, así es la compleccion de los españoles europeos, y lo mismo es de los jenios e ingenios» (IV, 69). Esta admiración se extiende al paisaje, de ahí que la cordillera de los Andes sea única, porque «ninguna sierra del orbe se puede comparar con las de Chile» en cuanto a su extensión (IV, 16).

Las imputaciones que los prohombres europeos hicieron sobre América como un continente minusválido y pequeño, provocaron el rechazo no sólo los jesuitas chilenos, sino de los jesuitas de otras partes del Continente. Todos alabaron el clima, los frutos, los paisajes, la flora y fauna. Antonello Gerbi si bien dedica solo líneas a Juan Ignacio Molina, y principalmente por su relación con

(5) Jorge Martínez Busch, *La influencia de Fray Francisco de Vitoria, O.P., en Chile 1550-1650*, Zigzag, Santiago, 1993; Horacio Zapater, *La búsqueda de la paz en la Guerra de Arauco: Padre Luis de Valdivia*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1992. Otros estudios que han dado a luz desde los años 1970 a la fecha han sido las ideas de la guerra justa en el poema *La Araucana* de Alonso de Ercilla y Zúñiga, y los estudios y biografías sobre Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, autor de *El cautiverio feliz*.

(6) *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*, Tomo XXXIX, Espasa-Calpe, Madrid, 1964, págs. 1080-1081.

su polémica con Buffon (7) entiende que el esfuerzo de aquél es sólo comparable al del mexicano Clavijero, pero no distinto del ánimo patriótico de muchos otros que como Lacunza escribieron para cantar las grandezas de su nueva patria.

«El criollo, resentido, se exaltaba en el entusiasmo por su tierra. Su patriotismo nacía de ese modo, por legítima reacción, sobre supuestos naturalistas, como apego al “país”, al terruño, antes que a tradiciones, como orgullo telúrico americano» (8). Los jesuitas contribuyeron a labrar el orgullo de ser americano, incluso antes de su expulsión de 1667 en España, poniendo de su parte toda una actitud de revelar al mundo los primores de su tierra de adopción o de nacimiento.

OLIVARES Y LA COLECCIÓN DE HISTORIADORES Y DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE CHILE

Los así llamados «cronistas» han sido una fuente recurrente para la interpretación etnográfica de la historia de Chile. Como en otros la obra de Olivares se conoce por integrarse en dos ocasiones a la *Colección de historiadores y de documentos para la historia nacional*, donde se reproducen por interés de Juan Pablo Urzúa la primera vez (Tomo IV) y por influjo de Luis Montt, la segunda vez (Tomo VII) sus obras. En ambas ocasiones llevó un estudio de Diego Barros Arana, como fue de rigor en la mayoría de esos impresos, y la copia de la que fue sacada provenía del archivo de Gay que inventarió el anterior.

Diego Barros Arana interpretó las crónicas en relación a la tensión conquistadores-sacerdotes. En carta dirigida a Andrés Bello, el 15 de agosto de 1860, fechada en París, le decía:

«La obra del padre Rosales es el alegato de una parte en el pleito entablado entre los jesuitas y los soldados sobre la manera de conquistar Arauco; y es el mejor alegato que existe, muy superior a Ovalle, Olivares y demás historiadores antiguos o modernos que los han seguido ciegamente. Los soldados, menos escritores que los jesuitas, se han encontrado sin defensa ante el tribunal de la historia; pero los documentos depositados en los archivos españoles, si bien no hacen su defensa, señalan al menos mucho que a los jesuitas han intentado ocultar» (9).

La glorificación de los jesuitas era otra de las características de la obra, según lo consignaba el propio Barros Arana en la introducción de su segunda obra,

(7) Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1990*, Fondo de Cultura Económica, México, 2ª edición, 1982 (original 1955), págs. 265-271.

(8) Gerbi, *ob. cit.*, pág. 229.

(9) Guillermo Feliú Cruz, *Historiografía colonial de Chile, Tomo I: 1796-1886*, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago de Chile, 1957, pág. 331.

«una de las singularidades del libro del padre Olivares, que habrá de sorprender a los que no estén habituados a la lectura de esta clase de obras, es el gran numero de milagros portentosos que contiene», los jesuitas son «los hijos predilectos de Dios y los más formidables enemigos del mal» (VII, pág. XVIII).

La crítica literaria también se ha ocupado de los cronistas, en los estudios de Pedro Pablo Figueroa, José Toribio Medina (10), Benjamín Vicuña Subercaseaux, Jorge Hunneus Gana, Samuel Lillo y Guillermo Feliú Cruz.

Miguel de Olivares, jesuita expulso, fue el cronista oficial de su orden, la Jesuita. Sus escritos fueron dos: la historia de la Compañía en Chile y la historia militar, civil y sagrada de Chile. El interés por los volúmenes extraviados fue tal que en las «reales cédulas de 2 de octubre y de 27 de diciembre de 1788, se ordenó al Gobernador de Chile, Ambrosio O'Higgins, se buscase y remitiese a España la segunda parte de los manuscritos de la Historia militar, civil y sagrada del reino de Chile que había escrito el jesuita Miguel de Olivares y que quedó en Santiago, al tiempo de la expatriación de la Compañía, en poder de José Perfecto Salas, que pertenecía a la misma familia de la mujer de Pérez García», a quien se le encargó la búsqueda (11).

El mismo José Pérez García, devenido en historiador, que conoció los manuscritos de Olivares, mientras escribía la historia de Chile desde 1717 a 1788 (12). Ambrosio O'Higgins manifestaba que con los avances de Pérez García podría Olivares obtener las «noticias» que sean tales, «y que no podría, quizás, adquirir por otros conductos con puntualidad y verdad, principalmente las correspondientes a los últimos tiempos, en que, con motivo de la expatriación, se ha hallado ausente de este dominio» (13).

LA BÚSQUEDA DE LOS ESCRITOS

Como se ha dicho, parte de los manuscritos de Olivares debieron ser rescatados. Tanto su *Historia Militar, civil y sagrada de Chile* como su *Historia de la Compañía de Jesús* fueron buscadas a finales del siglo XVIII por el Gobernador Ambrosio O'Higgins. Pero la huella se perdió hasta mediados del siglo XIX, cuando Gay obtuvo los ejemplares que fueron luego impresos por

(10) Nos referimos a su trabajo que fue premiado como memoria por la Facultad de Filosofía y Humanidades, intitulada *Historia de la literatura colonial de Chile*, Tomo II, Santiago, Imprenta de la Liberia de El Mercurio 1878. Ese volumen premiado se dedicó a la poesía.

(11) Guillermo Feliú Cruz, *Historiografía colonial de Chile*, págs. 6-7.

(12) Ello dio origen a la *Historia natural, militar, civil y sagrada del Reino de Chile en su descubrimiento, conquista, gobierno, población, predicación evangélica, erección de catedrales y pacificación*.

(13) Oficio del Gobernador A. O'Higgins al Ministro Porlier, 15-VIII-1790, citado en Guillermo Feliú Cruz, *ob. cit.*, pág. 7.

el empeño de dos de los tres editores de la *Colección de Historiadores de Chile* —Juan Pablo Urzúa y Luis Montt—.

Los citados además del tercer editor, José Toribio Medina, contaron con el apoyo crítico de Diego Barros Arana, Domingo Arteaga, Miguel Luis Amunátegui y Francisco Solano Astaburuaga, los que hicieron conocer los escritos de los cronistas y los valoraron como fuentes para la historia de Chile.

El Padre Miguel de Olivares fue incorporado en los tomos IV y VII. El primero fue impreso en 1864, con su trabajo la *Historia militar, civil y sagrada de Chile*, con prólogo de Diego Barros y adjunto al trabajo de Luis Tribaldos de Toledo, intitulado *Visión general de las continuadas guerra y conquista del gran Reino de Chile*.

La segunda es editada por Luis Montt, en 1874, y se titulaba la *Historia de la Compañía de Jesús en Chile (1593-1736)* también con prólogo de Diego Barros Arana.

Imprimir estas obras no fue fácil, debido al hecho que Olivares había perdido algunos originales: algunos fueron copiados pero otros no. El respaldo de la *Historia militar, civil y sagrada* había estado en poder del Obispo Vicuña por herencia del Obispo Rodríguez. Un ejemplar que adquirió el coleccionista sevillano José María de Alaba y Uribe, permitió incorporar la obra en la Colección. El texto estaba en la colección de Claudio Gay, que usó Diego Barros. De hecho Gay había hecho reproducir fragmentos de la *Historia de la Compañía de Jesús* por su cuenta (14). Antes que él, Juan Ignacio Molina usó su obra en su *Compendio de la Historia civil del Reino de Chile*, aunque la segunda parte del manuscrito de Olivares nunca fue encontrada (IV, pág. V).

LA OBRA

Es difícil entender la persistencia de Diego Barros Arana por editar una obra que según él, refiriéndose a su historia de la Compañía de Jesús, carecía de orden lógico, ya que advertía al lector que a aquella le

«... falta de plan, puede hacer embarazoso el estudio de la historia del Padre Olivares, porque obliga al lector al volver en cada capítulo sobre hechos y sobre tiempos que creía haber dejado atrás...» (VII, pág. XVI).

Quizás una buena explicación es que el trabajo de recopilación había sido lo suficientemente relevante para ser usado por el abate Molina en su *Compendio*, y en las historias de José Pérez García y Claudio Gay. Y el propio Barros Arana usó parte de su material en su enciclopédica historia de Chile en varios volúmenes.

(14) Guillermo Feliú, *Historiografía colonial*, pág. 72.

Pensamos que la verdadera objeción era que había una resistencia a aceptar que ese relato estuviese lleno de relatos religiosos y enseñanzas morales, es decir el propósito pedagógico. Esto que, para Barros Arana, era lo más contrario a la concepción de una historiografía documental, que además concebía una visión del progreso del género humano y de su creciente autonomía de la religión y la autoridad. Es que Barros Arana por posición filosófica como política y anti-religiosa no podía valorar este aspecto no sólo de Olivares sino de todos los que se encuadran como cronistas, que entienden que la historia como maestra de vida, y que ella es un camino hacia la vida sobrenatural. Por eso Olivares puntualiza que la narración debe estar ordenada a una lógica superior. Los hechos deben evitar, en sus palabras, la confusión, que por la pluma del escritor es superada al poner los hechos en evidencia (IV, 7). La misión del cronista es la de proponer una explicación general porque

«Es la historia imagen o representación de lo que se propone referir, y representaría mal, si habiendo sucedido un caso subsiguiente, ella lo hiciera ver partido, y desmembrado, porque entonces perdería el lector la luz, y el suceso su dignidad» (IV, 7).

Una historia que se ilumina por la fe, como se desprende de la dedicatoria a la Virgen de su *Historia militar, civil y sagrada de Chile*, al contar que trata «ya de guerras hechas por ejércitos de la milicia humana para propagar el imperio temporal que tiene conexión con el aumento de la santa Iglesia: ya de empresas (...) de los soldados de Cristo (IV, Dedicatoria), «esta historia —prosigue— de la conquista y pacificación de Chile, con título no impropio podría bien llamarse historia de los beneficios de la Madre Santísima de la Luz» (IV, 3). Esta imagen providencial se compadece con la visión cristiana de la historia, según lo ha estudiado en un texto clásico Kart Löwitz en *El sentido de la historia* (Madrid, 1958).

Pero junto con ello aparece el ámbito de lo temporal,

«El designio (de esta obra) es vindicar del olvido y del silencio los principios y progresos de la conquista espiritual y temporal del reino de Chile, y los personajes que han representado papeles principales en lo militar, civil y eclesiástico» (IV,6).

Estilísticamente plantea que escribirá con el estilo «propio y característico de la historia» (IV, 7). Su modelo es el Padre Farminio de Estrada, definido por el propio Olivares como «enérgico por la significación, adornado por las sentencias, doctrinal por las reflexiones (sic)» (IV, 7). El citado autor también es conocido como Famiano Estrada y fue también jesuita. Ejerció de historiador y biógrafo de la orden. Italiano, nació en 1572 y murió en Roma el año 1649. Su obra principal fue *De Bello Belgico decades II* escrita en Roma entre 1632-1647 y que describe el período entre 1535 a 1590. Según algunos estudiosos, el libro «se distingue por su imparcialidad, aunque el autor era afecto a

Francia. [Pero] Son de censurar, sin embargo, la impropiedad del estilo, la falta de método y el abuso de las discreciones». Fue criticado por Scioppino y el Cardenal Bentioglio, autor de una obra sobre el mismo tema. *De Bello Belgico decades II* fue muy popular y se tradujo al castellano por Melchor de Novar con el título de *Guerras de Flandes*, desde la muerte del emperador Carlos V hasta el fin del gobierno de Alejandro Farnesio (Colonia, 1692 y Amberes, 1748). La obra fue traducida al italiano y al francés (15). De ello podemos deducir que Olivares leyó la edición en latín y como otros privilegió en sus autores y fuentes favoritas las jesuitas.

Este breve relato de su modelo narrativo nos hace presumir que Olivares, como buen jesuita, circulaba en un medio muy ligado a su propia Orden, donde los libros de sus compañeros de Orden, y por ende el suyo propio eran muy conocidos.

Esto significaba cierta disciplina, que nutría sus narraciones. Ellas no nos aparecen simplemente —como a los historiadores liberales— como un exabrupto o un detalle exótico, sino como parte de una narración complementaria a su crítica fundada en los tres elementos que destaca en su construcción literaria: la experiencia, la tradición y los libros.

Respecto de la experiencia, dice que es el «conocimiento experimental del país y gentes de que uno escribe» (IV, 9). Ella sirve para razonar «e inferir si las cosas que se refieren son coherentes o discrepantes de lo que uno sabe de antemano» (IV, 9-10).

La tradición es el «otro adminículo de la historia, de tanta autoridad que en las cosas eclesiásticas en que se requiere mayor, creemos muchas cosas firmemente y las guardamos firmemente solo en fuerza de la tradición, lo que es conforme a lo que dijo San Pablo a los de Tesalónica» (IV, 9).

Sobre los libros advierte que «tengo los que bastan para quitarme el anhelo de solicitar mas» (IV, 9). Olivares consultó los escritos de Alonso de Ovalle, Alonso de Ercilla, Jufré del Aguila, Antonio de Herrera. Monsieur Fresier, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, el Padre Nicolás [del] Techo (que escribió sobre Paraguay), y gran cantidad de documentos.

Siguiendo una tradición clásica el Padre Olivares concibe la relación entre lo histórico y lo geográfico, aplicando la teoría de los climas a la laboriosidad de los pueblos. Sobre este punto, manifiesta,

«puntualmente la claridad de la historia se deriba de la luz de la jeografia, porque no podemos formar conceptos espirituales sino que se originan de aquellas especies corpóreas que la filosofia llama fantasmas de la misma suerte ni podemos arribar al pleno conocimiento de los sucesos sin que a este conocimiento precede el del lugar en que ellos pasaron» (IV, 13).

(15) *Enciclopedia Universal Ilustrada Europea-Americana*, Tomo XXII, Espasa-Calpe, Madrid, págs. 1032-1033.

Otro aspecto que aparece es el recurso a los clásicos. Hay numerosos elementos de la retórica, no obstante sus protestas de un estilo sobrio. El mismo recobra temas de la mitología, como cuando dice que cerca de Río Bueno viven unos indios «Rabudos», que llevan cola (IV, 24).

LOS TÓPICOS

La abundancia de América y de Chile es un tema recurrente. Hay diversidad y número de especies en el «aire y suelo» y también en los mares (IV, 33). El clima y los frutos de la tierra son descritos entusiastamente:

«Esta benignidad del cielo de Chile trae natural influencia en la fecundidad del suelo, que se enriquece con los frutos de las regiones más felices del universo: los trigos son de varias especies, todas selectas, los vinos muy generosos, las carnes muy sabrosas, las frutas en aquel punto de sazón que las hace más suaves, y todo en tan crecida copia, que las más encarecidas hipóboles quedan mui atras de la realidad» (IV, 24-25).

Hasta el vino de Concepción la parece superior, pues según él tras éste han venido los franceses establecidos en la zona, porque ese vino «no reconoce ventaja a algunos de las mas suaves y generosos del mundo» (IV, 25).

LA CONQUISTA ESPIRITUAL

El tema de la conquista espiritual fue desarrollado por los autores jesuitas en Paraguay. De hecho el que habla en esos exactos términos fue Antonio Ruiz de Montoya, quien escribió su obra *Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús, en las provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tapé* (1635) poco antes que Nicolás del Techo (16) para defender la labor de la Orden frente a los conquistadores. La conquista espiritual suponía la superioridad del Evangelio para asimilar con dulzura y humildad a los indios que se resistían a los conquistadores. Olivares, en un contexto más amable a las posiciones de estos últimos, adopta esta idea para explicar la incorporación de América a la Corona de Castilla y León como un hecho espiritual producido por su orden, antes que militar y temporal. Para él, lo fundamental es la expansión del evangelio. Para Olivares es el trato misionero el que mantiene la fe en Chiloé y al sur de Valdivia, donde no hay gran número de españoles (IV,

(16) Nicolás del Techo o Du Toict publicó en 1673 como *Historia provinciae Paraquaraie Societatis Iesus*. La obra se conoció en castellano sólo en Madrid en 1897, gracias al erudito paraguayo Blas Garay.

61). De hecho, un aspecto importante de la manifestación de la gracia divina para Chile era la presencia de la Orden:

«a este reino, a quien Dios colmó de tantos bienes temporales, no le quiso escasear los espirituales, porque quería que su bendición no fuese solo de los bienes terrenos que se acaba y perecen, si no que por medio de aquellos consiguieran los eternos con la predicación, enseñanza y buenos ejemplos de los de la Compañía de Jesús; y así se adelanto la majestad divina a dar a Chile estas nuevas para que hubiese el consuelo de que ya se les llegaba su remedio. Suele Dios prevenir los grandes sucesos, así prósperos como adversos por medio de sus siervos, como se pudiera probar en el ejemplo de innumerables historias así propias como extrañas, que no ignoran a quien esto se dirige y se omiten...».

Esto que podría parecer excesivo se explica no solo por las conocidas misiones del Paraguay (extendidas también por territorio actual de Argentina y Brasil), sino también por las del interior de Bolivia en Chiquitos, por el norte de México y por las proezas hechas en tierras del sur de Chile, donde jesuitas fueron los defensores de la guerra defensiva que fracasó en Arauco, y las misiones itinerantes de la isla de Chiloé.

Eso explica por qué considera un privilegio contar con jesuitas, cuando describe el contenido de una maravillosa visión de una sierva de Dios llamada Catalina Miranda, apenas 12 años, que

«estando en Sevilla para pasar a Chile... un día oyendo la misa de San Francisco de Borja, vio que de su rostro despedía rayos de luz, como si el sol hubiera bajado a iluminarle. De aquí la previno todo su aumento en la virtud, creciendo en la oración, mortificación, humildad y amor de Dios... quedándole un afecto a la compañía por cuyo aumento rogaba todos los días a Dios y estando en Chile le pedía por su venida a esta tierra...» (VII, 7).

Fruto de esto, la visión providencialista aparece con intervenciones directas: «a otra india llamada Constanza, muy virtuosa, manifestó el señor también mucho antes como había de venir la compañía a Chile... un día estando en oración... se le apareció Cristo nuestro bien, y le mostró dos religiosos de la compañía de Jesús, diciéndole que aquellos venían a fundar un colegio en aquella ciudad, con quienes podría comunicar las cosas de su alma, por ser hombres sabios y espirituales» (VII, 9).

LOS INDIOS

Oliveros se suma a la denuncia de las idolatrías y la eficiencia de las misiones al rescatar que gracias a las conversiones no hay disensiones de fe en Chile. Pero refiriéndose a los mapuches destaca que además de ausencia de gobierno

e instituciones, no carecen de religión, pero ella es falsa e idólatra. Hay un «falso culto» y «diferentes supersticiones» (IV, 50). Los machitunes —ceremonias religiosas conducidas por una machi o bruja— son en su opinión «curas diabólicas» (IV, 50).

Apartándose de algunos autores jesuitas de su época, Olivares reclama del brazo temporal contra los malones (17) de los pehuenches, que vivían en la cordillera de los Andes, condenando sus ataques. Una opinión que deja escrita no obstante reconoce que debiera abstenerse de darla dada su condición sacerdotal pues pertenece al ámbito temporal (IV, 20). Pero insiste en ello porque defenderse más que un derecho, está inscrito «en nuestra alma y dado por bueno la lei inviolable del dictamen de la razón» (IV, 21).

Esta última alusión me parece importantes, pues demuestra mi teoría que estos escritores indianos estaban también en conexión con las querellas de su tiempo: que tomaban partido contra los abusos a los indígenas, pero que también planteaban sus propias soluciones a la incertidumbre de los criollos o españoles. Como hombres de su tiempo y de su tierra, su concepto patriótico les hacía mirar con interés todo lo relativo a su patria chica, en este caso el autoproclamado Reino de Chile.

RECAPITULACIÓN

Lo que me interesa es establecer un análisis más fino que el hecho por Diego Barros Arana, quien miró la autoría y la obra desde las categorías del positivismo histórico. En verdad Olivares asocia su historia, no crónica, a una suerte de discurso sobre la expansión de la fe, encuadrada en las clásicas referencias jesuitas de la «conquista espiritual», concepto acuñado para referirse a la obra misional en Paraguay. De esta suerte el Padre Miguel de Olivares representa un tipo de escritor que enarbola una formación humanística clásica, de raíz grecorromana, que exalta su patria en el contexto de ideales comunes a la monarquía.

La referencia a visiones y alegorías, que se veían como un desorden lógico para los historiadores del XIX, no lo era tal, ya que era una forma de transmitir el mensaje que se quería. Bajo este punto de vista el hablar de Olivares en un congreso de historiografía no es extemporáneo, ya que manejaba un amplio acervo de categorías propias de la disciplina: lo que le aleja de ella es un pre-concepto puramente terreno de la actividad humana.

(17) Incursiones militares de los mapuches o araucanos, que asaltaban poblados españoles para llevarse mujeres y ganado. Los españoles replicaban con las malocas.

BIBLIOGRAFÍA

1. BARROS ARANA, Diego, «El Padre Miguel de Olivares y sus obras», en introducción a la obra de Olivares en el Tomo IV de la *Colección de Historiadores y documentos para la Historia de Chile*, 1864.
2. ELÍAS DE TEJADA Y SPÍNOLA, Francisco, «El reino de Chile en el Padre Alonso de Ovalle», en revista *Verbo* N.º 126-127, Madrid, págs. 605-620. También en Vallet de Goytisolo, Juan y otros, *Estampas de Chile*, Editorial Speiro, Madrid.
3. FELIÚ CRUZ, Guillermo, «Historiografía colonial de Chile», Tomo I: 1796-1886, *Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina*, Santiago de Chile, 1957.
4. GERBI, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1990*, Fondo de Cultura Económica, México, 2ª edición, 1982 (original 1955).
5. MONTT, Luis, «Primeros cronistas de Chile», en *Revista Chilena*, Tomo VI, 1876, págs. 202 y ss.
6. OLIVARES, Miguel de, «Historia Militar, Civil y Sagrada de Chile», en *Colección de historiadores y documentos para la Historia de Chile*, Imprenta del Ferrocarril, Tomo IV, 1864.
7. OLIVARES, Miguel de, «Historia de la compañía de Jesús en Chile (1593-1736)», en *Colección de historiadores y documentos para la Historia de Chile*, Tomo VII, Imprenta Andrés Bello, 1874.
8. ROJAS-MIX, Miguel, «El fin del milenio y el sentido de la historia. Manuel Lacunza y Juan Ignacio Molina», *Extrema América*, Santiago de Chile, 2001.